

JUNIO

GARIBALDI

MAÑANA ES FIESTA NACIONAL

Junio 3.—“Hoy es día de luto nacional. ¡Ayer noche ha muerto Garibaldi! ¿Sabes quién era? Es el que libertó a diez millones de ciudadanos de la tiranía de los borbones de Italia. ¡Ha muerto a los setenta y cinco años! Nació en Niza, y era hijo de un capitán de barco. A los ocho libró la vida a una mujer: a los trece sacó a salvo una barca llena de compañeros náufragos; a los veinte y siete salvó de las aguas, en Marsella, a un jovencito que se ahogaba; a los cuarenta y uno evitó el incendio en un barco, en el océano. Combatió diez años en América por la libertad de un pueblo extranjero; luchó en tres guerras contra los austríacos por la libertad de la Lombardía y del Trentino, defendió a Roma contra los franceses en 1848; libró a Palermo y a Nápoles en 1860; volvió a combatir por Roma en 1867; guerreó en 1870 contra los alemanes en defensa de Francia. Tenía en su alma la llama del heroísmo y el genio de la guerra. Entró en combate cuarenta veces, y salió victorioso treinta y siete. Cuando no peleó, trabajó para vivir, encerrándose en una isla solitaria, a cultivar la tierra. Fue maestro, marino, trabajador, negociante, soldado, general, dictador. Era

grande, sencillo y bueno. Odiaba a todos los opresores, amaba a todos los pueblos, protegía a todos los débiles; no tenía otra aspiración que el bien, repugnaba los honores, despreciaba la muerte adoraba a Italia. Cuando lanzaba el grito de guerra, legiones de valerosos corrían a él de todas partes: hubo señores que abandonaron sus palacios, artesanos sus talleres y jóvenes sus aulas, para ir a combatir, iluminados por el sol de su gloria. En la guerra usaba una blusa roja. Era fuerte, rubio, hermoso; en el campo de batalla, un rayo; en los sentimientos, un niño; en los dolores un santo. Miles de italianos han muerto por la patria, felices en la agonía al verle pasar a lo lejos victorioso; millares hubieran dado su vida por él, millones le bendijeron y le bendecirán. ¡Ha muerto! El mundo entero le llora. Tú ahora no lo comprendes. Pero leerás sus enseñanzas, oirás hablar de él continuamente en tu vida, y según vayas creciendo hombre, le verás gigante; y cuando no estés tú ya en este mundo, ni vivan los hijos de tus hijos, ni los que nazcan de ellos, todavía las generaciones verán en lo alto su cabeza luminosa de redentor de los pueblos, coronada con los nombres de sus victorias, como si fueran círculos de estrellas, y les resplandecerá la frente y el alma a todos los italianos al pronunciar su nombre. —*Tu padre.*

EL EJERCITO

FIESTA NACIONAL

Se retardó siete días a causa de la muerte de Garibaldi

Domingo 11.—Hemos ido a la plaza del Castillo, para ver la revista de los soldados que desfilaron ante el comandante del cuerpo de ejército en medio de dos grandes filas del pueblo. Según iban desfilando, al compás de las cornetas y músicas, mi padre me indicaba los cuerpos y los recuerdos gloriosos de cada bandera. Iban primero los alumnos de la Academia, que serán oficiales de ingenieros y de artillería, trescientos aproximadamente, vestidos de negro, desfilando con una elegancia firme y desenvuelta de soldados y de estudiantes. Después de ellos pasó la infantería; la brigada de Aosta, que combatió en Goito y en San Martín, y la brigada Bérgamo, que combatió en Castelfidardo; cuatro regimientos, compañía tras compañía, millares de pompones rojos que semejaban otras tantas dobles guirnaldas larguísimas color de sangre, tendidas y agitadas por los dos extremos y llevadas a través de la multitud.

Después de la infantería avanzaron los soldados de ingenieros, los obreros de la guerra, con sus penachos negros de crin y los galones rojos; y mientras éstos desfilaban, se veía avanzar tras ellos centenares de largas y derechas plumas que sobresalían por encima de las cabezas de los espectadores: eran los alpinos, los defensores de las puertas de Italia, todos ellos altos, sonrosados y fuertes, con sus sombreros calabreses y las divisas de hermoso color verde vivo como la hierba de sus montañas. Aún desfilaban los alpinos, cuando se dejó sentir un estremecimiento en la multitud, y los cazadores de infantería, el antiguo duodécimo batallón, los primeros que entraron en Roma por la brecha de Puerta Pía, morenos, avispados, vivos, con los penachos agitados por el viento, pasaron como una oleada de negro torrente, haciendo retumbar toda la plaza, con agudos sonidos de tromba que semejaban gritos de alegría. Pero el sonido de su corneta fue cubierto bien pronto por un estrépito sordo e ininterrumpido, que anunciaba la artillería de campaña. Pasaron, gallardamente sentados sobre altos cajones arrastrados por trescientas parejas de caballos impetuosos, los bravos soldados de cordones amarillos y los largos cañones de bronce y de acero, que saltaban y resonaban haciendo temblar la tierra. Vino luego adelantándose lenta, grave, bella en su apariencia, fatigosa y ruda, con sus altos soldados y sus poderosos mulos, la artillería de montaña, que lleva la desolación y la muerte allí donde llega la planta humana. Pasó por fin a galope, con los cascos refulgentes, con las lanzas derechas, con las banderas al viento, deslumbrador de oro y plata, llenando el aire de polvo y de relinchos, el magnífico regimiento de Caballería de Génova, que diez veces cayó como un torbellino sobre los campos de batalla, desde Santa Lucía a Villafranca. “¡Qué hermoso es!” exclamé yo. Pero mi padre casi me echó un regaño por haber usado aquella palabra, y me dijo: “No hay para qué considerar el ejército como un bello espectáculo. Todos estos jóvenes, llenos de fuerza y de esperanzas, pueden de un día a otro ser llamados a defender nuestro país, y en pocas horas caer hechos trizas por las balas y la metralla. ¡Siempre que oigas gritar en una fiesta ¡viva el ejército!, ¡viva Italia!, represéntate más allá de los regimientos que pasan una campaña cubierta de cadáveres y hecha un lago de sangre, y entonces el *viva el ejército* te saldrá de lo más profundo del corazón, y la imagen de Italia te aparecerá más severa y más grande!”

ITALIA

Martes 13.—“Saluda a la patria de este modo en los días de sus fiestas: Italia, patria mía, noble y querida tierra donde mi padre y mi madre nacieron y serán enterrados, donde yo espero vivir y morir, donde mis hijos crecerán y morirán; hermosa Italia, grande y gloriosa desde hace siglos, unida y libre desde hace pocos años que esparciste sobre el mundo tanta luz de divinas inteligencias y por la cual tantos valientes murieron en los campos de batalla y tantos héroes en el patíbulo; madre augusta de trescientas ciudades y treinta millones de hijos; yo, niño, que todavía no te comprendo y no te conozco por completo, te venero y te amo con toda mi alma, y estoy orgulloso de haber nacido de ti y de llamarme hijo tuyo. Amo tus mares espléndidos y tus sublimes Alpes; amo tus monumentos solemnes y tus memorias inmortales; amo tu gloria y tu belleza; te amo y venero a toda tú, tanto como aquella parte preferida donde por vez primera vi el sol y oí tu nombre. Os amo a todas con el mismo cariño y con igual gratitud, valerosa Turín, Génova soberbia, docta Bolonia, encantadora Venecia, poderosa Milán, con la misma reverencia de hijo os amo, gentil Florencia y terrible Palermo, Nápoles inmensa y hermosa, Roma maravillosa y eterna. ¡Te amo, sagrada patria! Y te juro que, querré siempre a todos tus hijos como a hermanos; que honraré siempre en mi corazón a tus hombres ilustres vivos y a tus grandes hombres muertos; que seré ciudadano activo y honrado, atento tan sólo a ennoblecerme para hacerme digno de ti, y cooperar con mis mínimas fuerzas para que desaparezcan de tu faz la miseria, la ignorancia, la injusticia, el delito; para que puedas vivir y desarrollarte tranquila en la majestad de tu derecho y de tu fuerza. Juro que te serviré en lo que pueda, con la inteligencia, con el brazo y con el corazón, humilde y valerosamente; y que si llega un día en el que deba dar por ti mi sangre y mi vida, daré mi vida y mi sangre y moriré elevando al cielo tu santo nombre y enviando mi último beso a tu bendita bandera.—*Tu padre*”.

¡TREINTA Y DOS GRADOS!

Viernes 16.—En los cinco días siguientes a la fiesta nacional, el calor ha ido creciendo hasta tres grados más. Ya estamos en pleno verano: todos comienzan a estar cansados, a perder los hermosos colores sonrosados de la primavera; las piernas y los cuellos se adelgazan, las cabezas se tambalean y los ojos se cierran. El pobre

Nelle, que siente mucho calor y tiene ya una cara de color de cera, se queda alguna vez dormido profundamente con la cabeza sobre el cuaderno; pero Garrón siempre está atento para ponerle delante un libro abierto, derecho, para que el maestro no lo vea. Crosi apoya su roja cabeza sobre el banco, de modo que parece que le han separado del tronco y puesto allí. Nobis se lamenta de que somos demasiados y viciamos el aire. ¡Ah! ¡Qué esfuerzo hay que hacer para ponerse a estudiar! Yo miro desde las ventanas de casa aquellos hermosos árboles que hacen una sombra tan oscura, donde de muy buena gana iría a correr, y me da tristeza y rabia el tener que ir a encerrarme entre los bancos de la clase. Luego me reanimo cuando veo que mi pobre madre se queda siempre mirándome cuando salgo de la escuela para ver si estoy pálido; y a cada página de trabajo me dice: “¿Te sientes con fuerzas todavía?” Y todas las mañanas al despertarme a las seis para estudiar la lección: “¡Animo! No faltan ya más que tantos días, luego quedarás libre y descansarás, irás a la sombra de los árboles”. Sí; tiene sobrada razón mi madre al recordarme los muchachos que trabajan en los campos bajo los rayos de un sol que abrasa, o en las arenas blancas de orillas de los ríos, que ciegan y queman, o de las fábricas de vidrios, que se pasan todo el día inmóviles con la cara inclinada sobre una llama de gas; todos se levantan más pronto que nosotros y ninguno de ellos tiene vacaciones. ¡Valor, por consiguiente! También en esto es el primero de todos Deroso, que no siente ni el calor ni el sueño, siempre vivo y alegre, con sus rizos largos como el invierno, estudiando sin cansarse y manteniendo despiertos a todos los que tiene alrededor, como si refrescase con su voz el aire. Otros dos hay que siempre están atentos y despiertos: el testarudo Estardo, que se pincha en los labios para no dormirse, y cuando más cansado está y más calor hace, tanto más aprieta los dientes y abre los ojos que parece que quiere comer al maestro; y el traficante Garofi, enteramente ocupado en fabricar abanicos de papel rojo, adornado con figuritas de cajas de cerillas, que luego vende a dos céntimos cada uno. Pero el más valiente es Coreta: ¡pobre Coreta, que se levanta a las cinco para ayudar a su padre a llevar leña! A las once, en la escuela, ya no puede tener los ojos abiertos, y se le dobla la cabeza sobre el pecho. Y sin embargo, se sacude, se pega cachetes en la nuca, pide permiso para salir, y se lava la cara, y hace que los que están cerca le empujen y le pellizquen. Pero esta mañana no pudo resistirlo, y se durmió con profundísimo sueño. El maestro le llamó fuertemente: “¡Coreta!” No le oyó. El maestro, irritado repitió: “¡Coreta!” Entonces el hijo del carbonero, que vive al lado de su

casa, se levantó y dijo: “Ha estado trabajando desde las cinco hasta las siete, llevando haces de leña”. El maestro le dejó dormir, y continuó explicando la lección durante otra media hora. Luego se fue al banco de Coreta, y soprándole muy despacio en la cara, le despertó. Al verse delante al maestro, retrocedió amedrentado. Pero el maestro le cogió la cabeza entre las manos, y le dijo besándole: “No te regañó hijo mío. No es el sueño de la pereza el que sientes, sino el sueño del cansancio”.



MI PADRE

Sábado 17.—“Seguramente que ni tu compañero Coreta ni Garrón responderían a su padre como tú has respondido esta tarde al tuyo, Enrique. ¿Cómo es posible? Tienes que jurarme que no volverá a pasar esto nunca más mientras yo viva. Siempre que a una reprensión de tu padre te venga a los labios una mala respuesta piensa que en aquel día que llegará irremisiblemente, en que tenga que llamarte a su lecho para decirte: “Enrique, te dejo”. ¡Oh, hijo mío! Cuando oigas su voz por última vez, y aun después por mucho tiempo; cuando llores en su cuarto abandonado, en medio de

todos los libros que él ya no abrirá más, entonces recordando que alguna vez le faltaste al respeto, te preguntarás a ti mismo. "¿Cómo es posible?" Entonces comprenderás que él ha sido siempre tu mejor amigo, que cuando se veía obligado a castigarte sufría más que tú, y que siempre que te ha hecho llorar ha sido por tu bien; entonces te arrepentirás y besarás llorando aquella mesa sobre la cual ha trabajado y sobre la cual gastó su vida en bien de sus hijos. Ahora no comprendes; él esconde todo su interior excepto su bondad y su cariño. Tú no sabes que a veces está tan quebrantado por el cansancio, que piensa que vivirá pocos días, que en tales momentos no habla más que de ti, y no tiene más pena en su corazón que el dejarte sin protección y pobre. ¡Y cuántas veces, pensando en esto, entra en el cuarto mientras duermes y se queda mirándote con la luz en la mano, y haciendo un esfuerzo, cansado y triste, vuelve a su trabajo! Y ni siquiera te das cuenta de que en muchas ocasiones te busca, está contigo porque tiene una amargura en el corazón y disgustos que todos los hombres sufren en el mundo, y te busca a ti como a un amigo para confortarse y olvidar sintiendo necesidad de refugiarse en tu cariño, para volver a encontrar la serenidad y el valor. Piensa, por consiguiente, ¡qué doloroso debe ser para él cuando, en lugar de encontrar afecto en ti, encuentra frialdad e irreverencia! No te manches jamás con tan horrible ingratitud! Piensa que aun cuando fueses bueno como un santo, no podrían nunca recompensarlo bastante, por lo que ha hecho y hace continuamente por ti. Y piensa a la vez que sobre la vida no se puede contar; una desgracia te podría arrebatar a tu padre, mientras todavía eres muchacho, dentro de dos años o tres meses, quizá mañana mismo. ¡Ah! ¡Pobre Enrique mío! ¡Cómo verías cambiar todo a tu alrededor entonces! ¡Qué vacía y desolada te parecería la casa, solo, con tu pobre madre, vestida de negro! ¡Vete, hijo; ve donde está tu padre: está trabajando en su cuarto: ve de puntillas para que no te sienta entrar; ve a poner tu frente sobre sus rodillas y a decirle que te perdone y te bendiga!—*Tu madre*".

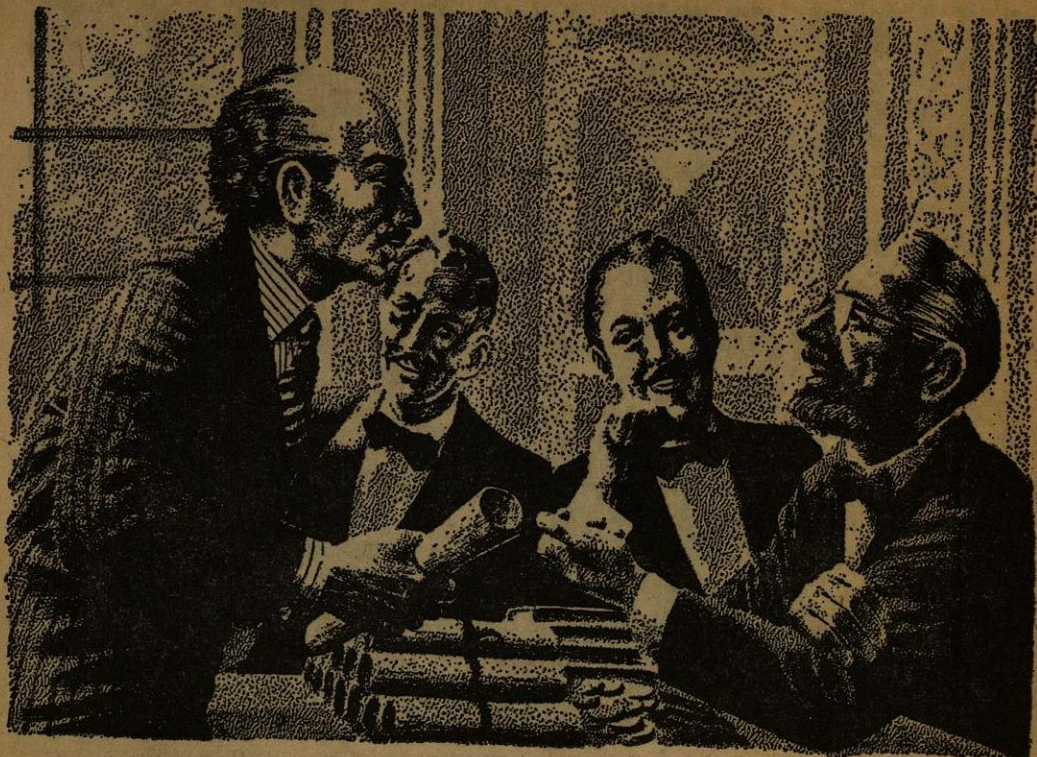
EN EL CAMPO

Lunes 19.—Mi buen padre me perdonó una vez más y me dejó ir a la gira que habíamos proyectado con el padre de Coreta, el vendedor de leña. Todos teníamos necesidad de alguna bocanada de aire en las colinas. Fue una diversión. Ayer a las dos nos encontramos en la plaza de la Constitución. Deroso, Garrón, Garofi, Co-

reta padre e hijo. Precusa y yo, con nuestras provisiones de frutas, de salchichón y de huevos duros; teníamos vasitos de cuero y de hoja de lata; Garrón llevaba una calabaza con vino blanco; Coreta la cantimplora de soldado, de su padre, llena de vino tinto; y el pequeño Precusa, con su blusa de maestro herrero, tenía bajo el brazo una hogaza de cuatro libras. Fuimos en ómnibus hasta la Gran Madre de Dios, y luego, arriba a escape por las colinas. Había una sombra, un verde y una frescura!... Dábamos volteretas en la pradera, metíamos la cara en todos los arroyuelos y saltábamos a través de todos los fosos, fumando en su pipa de yeso, y de cuando en cuando nos amenazaba con la mano para que no nos desgarrásemos los pantalones. Precusa silbaba; nunca le había oído silbar. Coreta, hijo, hacía de todo, según andábamos; sabe hacer de todo aquel hombrecillo, con su navajita de un dedo de larga: ruedas de molino, tenedores, jeringuillas; y quería llevar las cosas de los demás, e iba cargado que sudaba de firme; pero siempre ligero como una cabra. Deroso a cada paso se detenía para decirnos los nombres de las plantas y de los insectos; yo no sé cómo se arreglaba para saber tanta cosa. Garrón iba comiendo su pan en silencio; pero no es el mismo que pegaba aquellos mordiscos que era un gusto verlo, ¡pobre Garrón, está así desde que perdió a su madre! Siempre es excelente, bueno como el pan: cuando uno de nosotros tomaba carrera para saltar un foso, corría al otro lado para tenderle las manos; y como Precusa tenía miedo de las vacas, porque siendo pequeño le habían atropellado, siempre que pasaba una, Garrón se le ponía delante. Subimos hasta Santa Margarita, y luego abajo por la pendiente dando saltos y echándonos a rodar. Precusa, trabándose en un arbusto, se hizo un rasgón en la blusa, y allí se quedó avergonzado con su jirón colgando, hasta que Garofi, que tiene siempre alfileres en la chaqueta, se lo sujetó de manera que no se veía, mientras que él no cesaba de decirle: "¡Perdóname! ¡Perdóname!" Luego, vuelta a correr de nuevo, Garofi no perdía su tiempo en el viaje: cogía hierbas para ensalada, caracoles, y todas las piedras que brillaban algo se las metía en el bolsillo, pensando en que podría tener algo de oro o de plata. Siempre adelante, corriendo, echándonos a rodar, trepando a la sombra y al sol, arriba y abajo por todas las elevaciones y senderos hasta que llegamos sin fuerzas y sin aliento a la cima de una colina, donde nos sentamos a merendar en la hierba. Se veía una llanura inmensa y todos los Alpes azules con sus crestas blancas. Todos nos moríamos de hambre, y parecía que el pan se evaporaba. Coreta padre, nos presentaba los pedazos de salchichón sobre las hojas de calabaza. Todos nos pusimos a hablar a la vez de los maes-

tros, de los compañeros que no habían podido venir y de los exámenes. Precusa se avergonzaba algo de comer y Garrón le metía en la boca lo mejor de su parte a la fuerza. Coreta estaba al lado de su padre con las piernas cruzadas; más bien parecían dos hermanos que padre e hijo, al verlos colocados tan inmediatos los dos, y alegres y con los dientes tan blancos. . . El padre trincaba que era un gusto; apuraba hasta los vasos que nosotros dejábamos mediados, diciéndonos: "A vosotros, estudiantes, sin duda os hace daño el vino: los vendedores de leña son los que tienen necesidad de él". Luego, cogiendo por la nariz a su hijo, le zarandeaba, diciéndonos: "Muchachos, quered mucho a éste, que es un perfecto caballero: ¡os lo digo yo!" Todos nos reíamos, excepto Garrón, y seguía bebiendo.

¡Qué lástima! Ahora estáis todos juntos como buenos amigos, y dentro de algunos años, quién sabe! Enrique y Deroso serán abogados o profesores, o qué sé yo, y vosotros cuatro en una tienda o en un oficio o el diablo sabe dónde. Entonces, buenas noches, camaradas". "¡Qué! —respondió Deroso— para mí, Garrón será siempre Garrón; Precusa será siempre Precusa, y los demás lo mismo; aun cuando yo llegase a ser emperador de todas las Rusias, donde están ellos iré yo". "¡Bendito seas! —exclamó Coreta padre, alzando la cantimplora—; así se habla, ¡vive Cristo! ¡Venga esa mano! Vivan los buenos compañeros, y viva también la escuela, que crea una sola familia entre los que la tienen y entre los que no tienen". Tocamos todos la cantimplora con los vasos de cuero y de hoja de lata, y bebimos por última vez. Y él gritó, poniéndose en pie y apurando el último sorbo: "¡Viva el cuadro del cuarenta y nueve! Y si alguna vez vosotros tuvieseis que formar el cuadro, mucho cuidado en mantenerse firmes como nosotros, ¡muchachos!" Ya era tarde; bajamos corriendo y cantando, y caminamos largos trechos cogidos del brazo. Cuando llegamos al Po obscurecía, y millares de moscas luminosas cruzaban los aires. No nos separamos hasta llegar a la plaza de la Constitución y después de haber cambiado, el encontrarnos para ir todos juntos al teatro de Víctor Manuel para ver la distribución de premios a los alumnos de las escuelas de adultos. ¡Qué hermoso día! ¡Qué contento hubiera vuelto a casa si no hubiese encontrado a mi pobre maestra! La encontré al bajar las escaleras de nuestra casa, casi a oscuras, apenas me reconoció me cogió ambas manos diciéndome al oído: "Adiós Enrique; acuérdate de mí!" Advertí que lloraba. Subí y se lo dije a mi madre. "He encontrado a mi maestra". "Sí, iba a acostarse", respondió mi madre, que tenía los ojos encendidos. Luego, mirándome fijamente, añadió con gran tristeza: "Tu pobre maestra. . . está muy mal".



LA DISTRIBUCION DE PREMIOS A LOS ARTESANOS

Domingo 25.—Según habíamos convenido, fuimos todos juntos al teatro de Víctor Manuel a ver la distribución de premios a los artesanos. El teatro estaba adornado como el día 14 de marzo y lleno de gente; pero casi todos eran familias de obreros. El patio estaba ocupado por los alumnos y alumnas de la escuela de canto coral, los cuales cantaron un himno a los soldados muertos en Crimea, tan hermoso, que cuando terminó todos se levantaron palmoteando y gritando hasta que lo repitieron. Inmediatamente comenzaron a desfilar los premiados ante el alcalde, el gobernador y otros muchos que les daban libros, libretas de la Caja de Ahorros, diplomas y medallas. Allá, en un rincón del patio, vi al albañilito, sentado al lado de su madre; en otro lado estaba el director, y detrás de él, la cabeza roja de mi maestro de segundo año. Primeramente fueron pasando los alumnos de las escuelas nocturnas de dibujo: plateros, escultores, litógrafos y también carpinteros y albañiles; luego, los de la Escuela de Comercio; después, los del Liceo